

*Fernando Guerrero Villagómez, * Octavio Corona Paredes, ** Maribel Piña Calva* y María Pérez Santillán***

De dioses, oficios y barrios: presencia de deidades tutelares en contextos chinamperos de la antigua Tenochtitlán (un caso)

El presente trabajo se enfoca en el estudio e interpretación de una serie de hallazgos arqueológicos recuperados al sur de la Alameda Central de la ciudad de México, como parte de los trabajos de salvamento que la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH realizó en 2004, con motivo de la instalación de la denominada Plaza Juárez. Dichos hallazgos corresponden a los restos de una ofrenda asociada a una deidad tutelar (Nappatecuhtli) y a contextos arqueológicos (sistema de canales y chinampas) asociados a la deidad, sugiriendo con ello la identificación histórica y geográfica de uno de los barrios (Tzapotlán) que conformaron la ciudad de Tenochtitlán. En el estudio se integran tanto aspectos iconográficos propios de los objetos arqueológicos ubicados en campo como aspectos históricos relacionados con las fuentes documentales del siglo XVI, además del contexto arqueológico que rige en conjunto la naturaleza de la interpretación, con la cual se busca contribuir al estudio y comprensión de los espacios urbanos que conformaron la antigua capital del imperio mexica.

La antigua ciudad de Tenochtitlán constituyó una de las muestras urbanísticas más trascendentales del periodo precolombino. Sin embargo, la concepción que sobre ella tenemos se basa fundamentalmente en fuentes escritas, como las crónicas y documentos relativos a la conquista y costumbres de los grupos nativos recopiladas por los militares y misioneros evangelizadores llegados a México durante el siglo XVI, por lo que resulta necesario conocer más acerca de la ciudad prehispánica en términos de sus restos urbanísticos y arqueológicos.

No obstante, hoy en día contamos con importante número de investigaciones arqueológicas que han contribuido a desvelar parte de ese pasado. El caso específico del proyecto Templo Mayor, por ejemplo, trajo a la luz modos y formas de la estructura política y religiosa de la ciudad, confirmando en parte los datos incluidos en las fuentes históricas, además de traer nuevas luces sobre lo que fue en su tiempo el núcleo urbanístico del desarrollo mexica. Sin embargo, los hallazgos del Templo Mayor muestran una serie de aspectos asociados a la ritualidad de las elites gobernantes que no reflejan necesariamente las formas de concebir la realidad de los grupos o estamentos sociales más alejados del poder. Por ello resulta importante seguir indagando sobre las costumbres, modos de vida, religiosidad y espacios urbanos del ciudadano común que

*Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

**Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH. fergueville@yahoo.com.mx

constituyó la base social de los mexicas, ya que los modelos explicativos siguen siendo las fuentes históricas —y junto con ellas los trabajos de interpretación de dichas fuentes, como los de Monzón (1949), Caso (1956), Katz (1966), Lombardo (1973), Calnek (1974), Rojas (1985) y Valero (1991), entre otras referencias obligadas—. Pero estos trabajos no utilizan la referencia arqueológica sintética y explicativa (Rojas, 1986: 31), razón por la que cada excavación realizada en la otrora *zona de barrios* de Tenochtitlán se convierte en oportunidad única para contribuir al conocimiento del devenir espacio-temporal de la ciudad.

El INAH, a través de la Dirección de Salvamento Arqueológico, realizó durante los meses de enero a mayo de 2004 una serie de trabajos de excavación en la zona sur de la Alameda Central¹ con el objetivo de identificar los tipos de ocupación histórica de la zona, logrando recuperar importantes elementos arqueológicos correspondientes a diferentes fases temporales y culturales. Sin embargo, los fines que persigue el presente artículo están enfocados a exponer una serie de ideas en torno a diversos materiales y contextos prehispánicos que sugieren la presencia de actividades socio-económicas específicas realizadas por los habitantes de Tenochtitlan, como se deduce del hallazgo de una escultura antropomorfa asociada a elementos arqueológicos como chinampas y canales, materiales líticos y cerámicos, muestras botánicas y malacológicas, entre otros.

Antecedentes

Durante la época prehispánica dicha zona correspondió a Moyotlan (lugar de moscos), una

¹ El área donde fueron realizados los trabajos de rescate arqueológico forma parte de una manzana ubicada entre las avenidas Juárez (Norte), Luis Moya (Oeste), José María Marroquí (Este) e Independencia (Sur) de la zona centro de la ciudad de México (plano 1). En este sector se desarrolla el proyecto denominado Plaza Juárez, que considera una superficie aproximada de 27 300 m² para uso civil, comercial y gubernamental. Del área que ocupará la obra gubernamental sobresale la correspondiente a la nueva sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores, con una superficie mayor a 11 000 m².

de las cuatro grandes parcialidades o *campam* —como también lo fueron Cuepopan, Atzacolco y Teopan— en que se dividió la ciudad de Tenochtitlan desde su origen (Código Ramírez: 39). Cada una de estas parcialidades estaban subdivididas en barrios mayores o barrios grandes en asociación al conocido *calpulli* (Monzón, 1949: 31), mismo que consideró a grandes rasgos el reconocimiento entre sus miembros de un territorio específico y una unidad administrativa (*calpulec* o jefe y consejo de ancianos), otra religiosa (templo de barrio, dios patrón común y sacerdotes administradores del culto) y una militar (Katz, 1966: 117-121). Asimismo, cada *calpulli* consideró una división espacial menor asociada a los denominados barrios menores o *tlaxilacalli* (Monzón, *ibidem*), en los que se desarrollaron diversas actividades asociadas básicamente a la producción agrícola y artesanal.

A decir verdad, poco sabemos sobre la relación de la zona de excavación con la identificación de un barrio menor en específico. No obstante ello, los estudios realizados por Antonio Alzate y Alfonso Caso (fig. 1), entre otros, nos permiten asociar el área excavada al barrio de Macpalxochitlán (Caso, 1956: 15), ubicado hipotéticamente en el cuadrante que forman las calles Humboldt al Oeste, Marroquí al Este, Artículo 123 al Sur y Av. Juárez al Norte. No obstante ello, Antonio Alzate consideró en 1789 que el área debió pertenecer al barrio de Tecpancaltitlán (junto al templo), colindante con el de Macpalxochitlán (lugar de árboles o flores de manita). Por otro lado, el historiador Andrés Lira (1995: 303) hace mención del barrio de Tlapancaltitlán o Tarasquillo, que para el periodo virreinal perteneció al curato de Santa Veracruz, aunque este último debió corresponder a un barrio colindante al de Macpalxochitlán.

Ana Rita Valero, basada en las descripciones hechas por Motolinía para la región de Texcoco (Valero, 1991: 49), destaca la importancia de la división de la ciudad por barrios, sugiriendo que estaban íntimamente ligados a la actividad económica especializada. Por su parte, Arturo Monzón considera viable la relación entre las actividades, los barrios y las deidades tutelares por



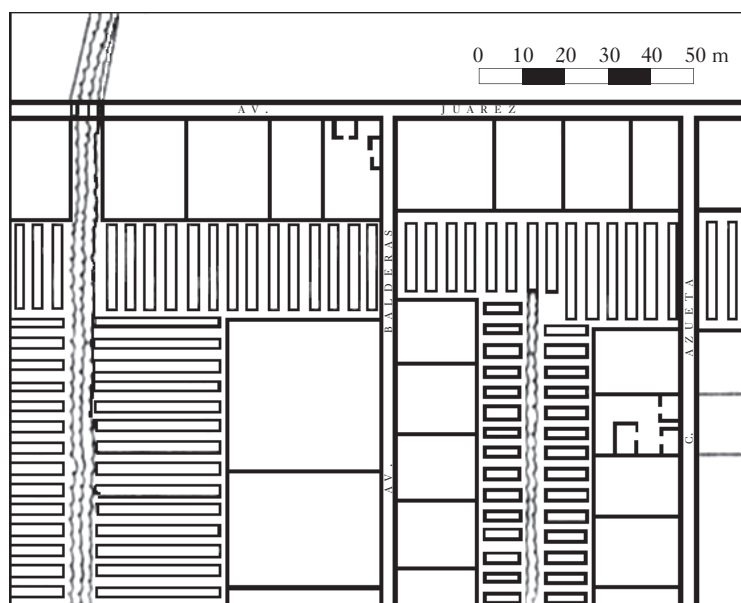
● Fig. 1 División de los barrios prehispánicos localizados con sus límites, de acuerdo con las calles modernas (tomado de Caso, 1956).

integrar la *praxis* laboral con la división territorial de la ciudad (Monzón, 1949: 73). En cuanto al perfil de la zona, Valero considera que en Moyotlán sobresalió el uso habitacional y de cultivo tendiente a la ruralización, convirtiéndole en un área suburbana donde la densidad poblacional decreció conforme el patrón de ocupación se alejaba del núcleo urbano (Valero, 1991: 53-55).

En cuanto al tipo de ocupación, Edward E. Calnek (1974) consideró que al área debió corresponder, según su modelo ocupacional, a un conjunto urbano del tipo 1 (zona residencial con chinampa) que incluyó la presencia de casa habitación, patio y terreno libre. Como sabemos,

en el caso de Tenochtitlán (fig. 2) las chinampas surgieron como una estrategia que permitió el crecimiento urbano de manera sistemática y controlada, lo cual permitió ganar terreno al extender las zonas de tierra firme dentro del lago y, por supuesto, incrementar la productividad agrícola mediante el desarrollo de parcelas de uso intensivo alimentadas con la irrigación natural que brindaban los canales alrededor de cada chinampa, construidas en zonas lacustres de baja profundidad (González Aragón, 1993).

Sobre la disposición urbanística de las chinampas se sabe poco; Cervantes de Salazar (1971) afirma que las zonas urbanas no presentaban ningún orden, lo cual es probable para las



● Fig. 2 Modelo de distribución de chinampas en la zona de Moyotlán, tomando en cuenta el patrón urbanístico contemporáneo (Calnek, 1974).

zonas limítrofes y marginales de la ciudad, no así para las zonas cercanas al centro, donde sabemos que existió una traza marcada con base en los cuatro *campam* o parcialidades.

Descripción general de las excavaciones

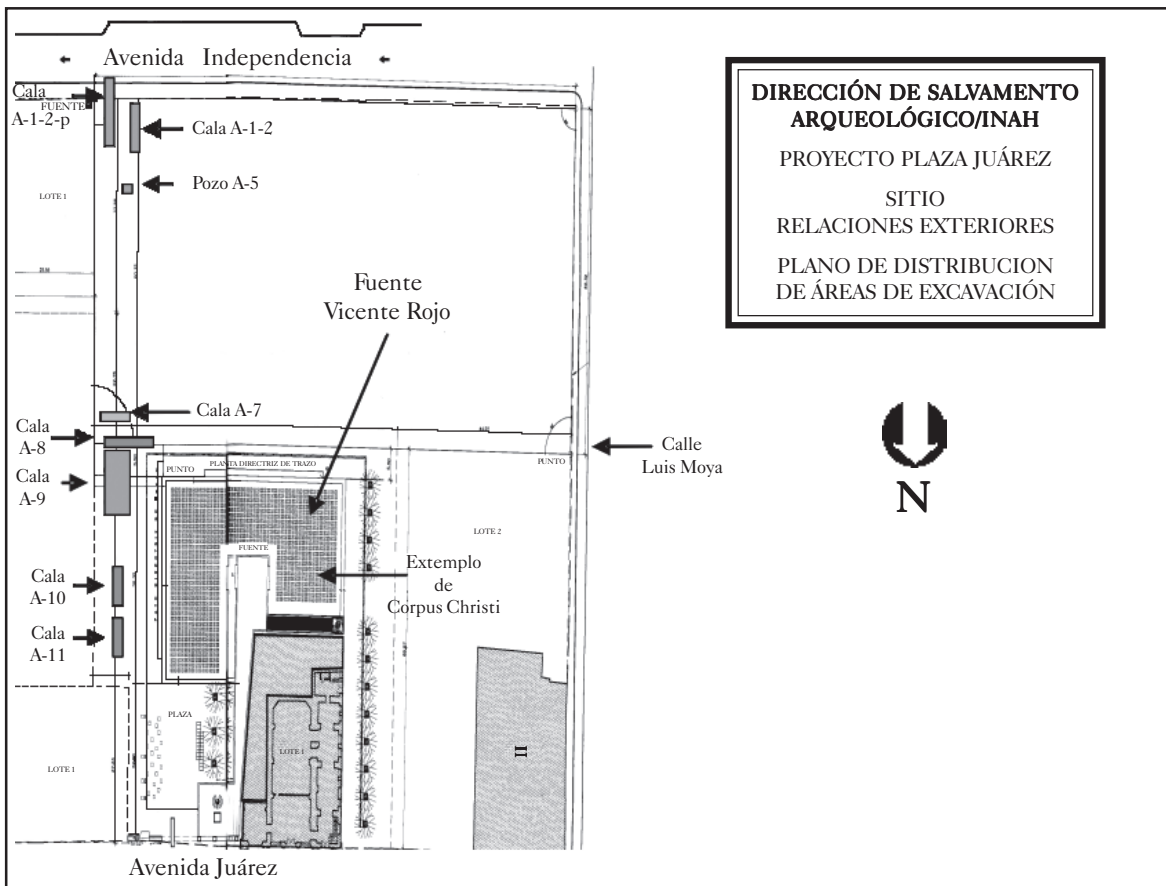
El trabajo arqueológico en el predio de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) consideró ocho áreas de excavación entre pozos de sondeo y calas. Para el presente ensayo se destaca la cala A-8, donde fue localizada la escultura, así como las calas A-7 y A-9, relacionadas contextualmente y ubicadas en los límites del predio en dirección noreste, en concomitancia con el espacio escultórico denominado como *Plaza Juárez* (fig. 3). La excavación en A-8, por su parte, tuvo como objetivo recuperar la secuencia estratigráfica conservada en el perfil o pared norte para tener una secuencia ocupacional completa de la zona (prehispánica, virreinal y moderna), pues el predio ya había sido afectado a causa de la demolición y nivelación del terreno, reflejo de las mencionadas obras de infraestructura urbana.

Dicha secuencia presentó cinco capas estratigráficas, de las que sólo pudieron excavar de manera controlada las capas III, IV y V, las dos últimas corresponden a la ocupación mexicana (1325-1521), mientras la III se relaciona con el periodo de contacto (*circa* 1521). Esta capa, ubicada entre 1.40 y 2.80 m de profundidad, mostró materiales como limo, arena y abundantes intrusiones de ceniza y carbón. También se logró detectar, en el perfil noreste, la presencia de un muro de tezontle y basalto de origen virreinal.

La capa IV (2.80 a 3.72 m) contenía limo de consistencia compacta y pocas intrusiones de otros materiales. De hecho puede afirmarse que, en comparación con la

capa anterior, mostró un cambio considerable en cuanto a cantidad de materiales arqueológicos, prácticamente inexistentes hacia la capa V constituida por bentonita,² en la que solían labrarse los canales que circundaban los sistemas de chinampas, y que tuvieron como principal característica la forma cilíndrica y cóncava, con profundidades promedio de 30 cm y un ancho variable.

² El término "bentonita" fue sugerido por Knight en 1898 para designar un material arcilloso de propiedades jabonosas procedente de Benton Shale (Wyoming, Estados Unidos); en 1917 Hewett estableció que esta particular arcilla era producto de alteración de cenizas volcánicas, siendo posteriormente definida por Ross y Shannon (1926) como "roca compuesta esencialmente por un material cristalino, semejante a una arcilla, formado por la desvitrificación y consiguiente alteración de un material ígneo vítreo, usualmente cenizas volcánicas o tobas. El mineral de la arcilla característico tiene hábito micáceo y fácil exfoliación, alta birrefringencia y una textura heredada de las cenizas volcánicas o de la toba". Esta definición es restrictiva por estar basada en criterios genéticos. Actualmente la definición más ampliamente aceptada es la de R.E. Grim (1972): "Bentonita es una arcilla compuesta esencialmente por minerales del grupo de las esmectitas, con independencia de su génesis y modo de aparición". Desde este punto de vista, la bentonita es una roca compuesta por más de un tipo de minerales, aunque las esmectitas son sus constituyentes esenciales y le confieren sus propiedades características (Buey *et al.*, 1998).



● Fig. 3 Ubicación general de la zona de exploración y rescate.

Cabe mencionar que un rasgo característico de las chinampas identificadas para la zona de Moyotlán se asoció a la presencia de un estrato intermedio entre la capa de limo y la de bentonita, constituido por material silíceo,³ cuya presencia marcó claramente la diferencia entre las áreas de canal, reservorio acuático, lago, etcétera, y las zonas de ocupación chinampera. Dicho estrato no se observó en todos los perfiles, por lo que la falta de éste se asoció a zonas lacustres, ya sean canales o reservorios acuáticos mayores (fig. 4).

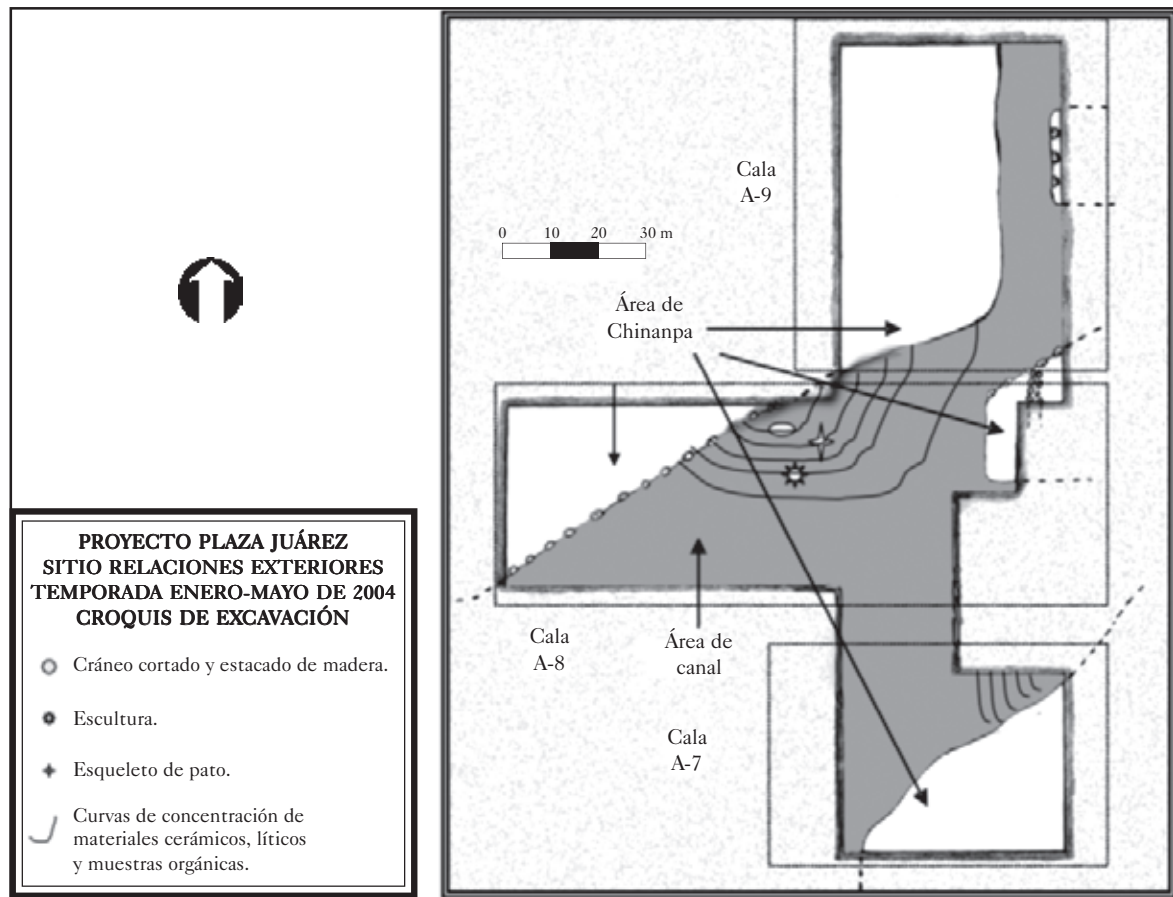
En cuanto a componentes de capa, fue notoria la diferencia entre la zona de ocupación chinampera y la zona de canal; por ejemplo, la presencia de restos de crustáceos, fibras naturales y raíces en la zona de canal contrastó con la zona

de ocupación chinampera, donde pudieron identificarse restos de construcciones, material cerámico y restos orgánicos de especies vegetales como gramíneas, entre otros.

Por su parte, en la mayoría de los casos observados la fábrica de chinampas no implicó materiales de construcción que las delimitara respecto a los canales y/o reservorios acuáticos, lo cual podría deberse a que la zona fue probablemente pantanosa, y en temporada de estiaje debió facilitar la realización de zanjas y canales que seguramente dieron nivel y forma a las chinampas. La presencia de estacados de madera y otros elementos de roca asociados a los canales se relacionan con retenes para agua, que formaban parte de un sistema hidráulico de mayor envergadura.

Por otro lado, los materiales arqueológicos asociados al hallazgo de la escultura aparecieron entre 2.86 y 3.48 m de profundidad. El pri-

³ Material identificado en visita a las excavaciones por el doctor Lauro González Quintero (comunicación personal).



● Fig. 4 Croquis general del área de excavación.

mer nivel de asociación implica una concentración de materiales cerámicos de diferentes tipos, como el Pulido café, Pulido naranja y Rojo Texcoco, entre otros. En cuanto a formas, la mayoría correspondió al ámbito doméstico —ollas, platos, cajetes, metates— y de tipo ritual, como un plato trípode Rojo Texcoco (del que más adelante explicaremos su significado en relación con la ofrenda), fragmentos de braseros, figurillas femeninas, materiales de obsidiana y diversos materiales orgánicos naturales y trabajados: guajes con restos de pigmento, mimbres, restos óseos trabajados, y conchas, todos analizados e identificados en laboratorio.⁴ Asimismo, el proceso deposicional mostró que los materiales fueron colocados intencionalmente en cierta área, lo cual explica su concentración diferencial. No obstante ello, se observó una dispersión de los materiales de tipo concéntrica o radial en direc-

ción Norte-Sur, partiendo de los cuadros 1 y 2-A hacia los cuadros 3 y 4-A, ocurriendo lo mismo para los cuadros 1 a 4-B (fig. 5).

Sin embargo, en los cuadros 2 y 4-B fueron localizados, respectivamente, los restos de un cráneo humano (3.36 m) asociado a una estaca de madera clavada en el fondo lacustre (fig. 6) y a una escultura (3.39 m) de material ígneo (granito), que representa una figura humana en posición sedente con las manos recargadas o tomando sus rodillas (fig. 7), con cierto tipo de deformación o decoración rectangular hacia los lados de la cabeza. La parte posterior de la escultura presenta un calzón como parte de la vestimenta, así como restos de coloración y/o

⁴ Para el análisis de los materiales orgánicos y demás muestras se contó con la valiosa participación del doctor Lauro González Quintero, la maestra Alicia Blanco Padilla y Gerardo Villanueva García.

pigmentación en cara y cuerpo. Mide 25 cm de alto por 14.50 de ancho y 8.5 de espesor; la pigmentación del rostro es de color negro, rojo y blanco. El área de los ojos muestra la huella de posibles incrustaciones, mientras el cuerpo presenta restos de pigmento blanco y el área del tocado conserva restos de pigmentación en rojo.

Por otro lado, la ampliación de la cala hacia el Norte (Cala A-9) permitió identificar más claramente el contexto en que se localizó la escultura. Primeramente se identificaron los restos de una chinampa, lo cual ayudó a comprender que la dispersión concéntrica de sus materiales estuvo asociada a la orilla Sur de la misma. Por otro lado, los estudios de laboratorio permitieron confirmar que los materiales se encontraban en un contexto acuático (Corona, *et al.*, 2004: 286), de lo cual se infiere que éstos fueron arrojados desde una chinampa hacia el reservorio acuático y/o canal. Tal fenómeno de dispersión concéntrica de materiales arqueológicos asociados a chinampas se observó de manera similar en las calas A-7 y A-1-2-Perfil, sin que estuvieran presentes elementos como la escultura y el cráneo; ello sugiere un probable patrón deposicional ligado a un tipo de actividad social de corte ritual.



● Fig. 5 (Cuadro 3 y 4). Materiales prehispánicos en contexto lacustre parte de la ofrenda. En el círculo se destaca la presencia del estacado junto al que se localizó el fragmento de cráneo.

Discusión

Más allá de la recuperación de la secuencia estratigráfica y cultural de la zona, el hallazgo de la escultura, sus materiales y contextos asociados nos obligó a replantear o ampliar los objetivos iniciales, pues dicho elemento se localizó en un contexto primario que puede contribuir a la identificación de una o varias *áreas de actividad*,⁵ lo cual abre el camino para caracterizar la zona en términos de interacciones sociales. A nivel contextual surge aquí un primer cuestionamiento que invita a reflexionar sobre la naturaleza del subsuelo, capa o matriz arqueológica en que se ubicó la escultura. Tal vez resulte obvio pensar que ésta se localizó en sedimento lacustre, mas resulta importante explicar por que la pieza se encontró en dicho lugar.

En este sentido, se propone que la escultura estuvo relacionada con actividades de tipo ritual durante la época prehispánica (siglos XV y/o XVI), y en particular se propone que representa una deidad tutelar o dios patrón, hecho a partir del que pueden deducirse una serie de actividades socioeconómicas específicas, así como formas y componentes rituales específicos, asociadas con el culto a los lagos y/o canales. Afirmación que sólo es posible demostrar mediante la integración de la información que arrojó cada uno de los materiales asociados y recuperados en la excavación.

Por otro lado, la identificación de atributos morfológicos de la pieza muestran primeramente que el caso (escultura antropomorfa en posición sedente) forma parte de un estilo “típico” de la escuela escultórica mexicana (Westheim, 1977: 369-397), identificado arqueológicamente desde principios del siglo XX.⁶ No obstante ello, se pue-

⁵ Por área de actividad entendemos a la unidad espacial mínima del registro arqueológico en la que las acciones sociales repetidas, quedan impresas (Manzanilla, 1993: 15).

⁶ La exploración de la calle de las escalerillas realizada por Leopoldo Batres a principios



● Fig. 6 Vista del cráneo en asociación a estacado y material cerámico.



● Fig. 7 Perspectiva de la escultura localizada en contexto lacustre.

den reconocer en la pieza por lo menos tres complejos escultóricos asociados a esculturas sedentes en dicha tradición cultural y que corresponden principalmente a las deidades Tláloc, Quetzalcóatl y Xiuhtecuhtli. No obstante ello, existen en la pieza variaciones que sugieren otro complejo escultórico.

Un ejemplo semejante al localizado en excavación fue expuesto por Doris Heyden (1971: 35-40), donde se vierten algunas opiniones en

del siglo xx arrojó una interesante muestra de esculturas sedentes muy similares a la destacada por Heyden, en particular los descubrimientos hechos el 17 de octubre de 1900.

torno al hallazgo de una escultura que considera una deidad del agua.⁷ Se trataba de una muestra escultórica del tipo sedente (43 cm) realizada en piedra, con restos de policromía que expresan un alto nivel de especialización artesanal y estético, superior al modelo en comparación (fig. 8). Sin embargo, un número importante de atributos son coincidentes, como la posición de pies y brazos, la presencia de color negro en el rostro y la dirección del mismo hacia el frente, así como la parte trasera del tocado (fig. 9), reconocido por Alfonso Caso como un “[...]abanico de papel plegado, puesto detrás de la nuca [...] característico de las deidades del agua, de los montes, y de la vegetación[...].” (Caso, 1956: 36).

No obstante ello, existe una diferencia notable a nivel de contexto entre una pieza y otra, el ejemplo descrito por Heyden se localizó en el núcleo de la estructura arquitectónica conocida como L-3 o adoratorio 5, dentro de una caja fabricada con lajas de piedra en la que fueron dispuestos, además de la escultura, varios objetos a manera de ofrenda: una vasija con restos de pintura azul, cuentas de piedra verde para collar y tortas de copal (Gussinyer, 1970: 41). Asimismo, el adoratorio 5 for-

mó parte de un complejo arquitectónico de mayor envergadura, como un palacio o un templo, mientras la pieza de la SRE fue recuperada de un contexto lacustre, deposición que pudo estar tentativamente asociada a festividades y rituales propios del barrio.

Ahora bien, el contexto acuático podría remitir la pieza al ámbito de Tláloc; sin embargo, los atributos iconográficos de este último son en extremo evidentes y conocidos —como la

⁷ El hallazgo provino de las excavaciones que realizó el INAH para el Sistema de Transporte Colectivo (STC Metro), en la confluencia de las calles de Izazaga y Pino Suárez, al Sur del Centro Histórico de la ciudad.



● Fig. 8 Nappatecuhtli según Miguel León Portilla. Escultura policroma, cultura mexica Posclásico tardío. Colección Museo Nacional de Antropología (tomado de *Historia de México*, fasc. 42, México, 1975, p. 219).

presencia de anteojeeras y colmillos, entre otros—, pero no aparecen en la pieza en cuestión, por lo que fue necesario identificar los atributos intrínsecos de la deidad considerando el prudente uso de las fuentes históricas.

Presencia de Nappatecuhtli en las fuentes históricas

Las fuentes históricas ofrecen importantes referencias sobre los atributos de Nappatecuhtli. La obra de Bernardino de Sahagún, por ejemplo, contempla un importante número de datos en cuanto a ceremoniales y rituales asociados; también brinda varias descripciones físicas de la deidad, mismas que no coinciden necesariamente con la atribución que hizo León Portilla a la pieza del Museo de Antropología, e inclusive a la localizada en las excavaciones que nos ocupan. Esto quizá se debe a que las esculturas solían ornamentarse con elementos adicionales como papel decorado, semillas amasadas de diferentes plantas e inclusive resinas como el



● Fig. 9 Tres vistas de la escultura de Nappatecuhtli recuperada en las excavaciones de la Plaza Juárez, predio del edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, enero-mayo 2004.

copal y el hule (Seemann, 1990), que pueden desaparecer de los contextos arqueológicos por ser perecederos; sin embargo, una muestra del “ornamento” que caracterizó a esta deidad lo ofrece Sahagún: “Está embadurnado de negro. Tiene la cara ennegrecida, con pintura de granos de salvia. Su gorro de papel, su coleta de papel a la nuca. Su maxtle de papel, sus sonajas, sus sandalias blancas. Su escudo de nenúfar, su bastón de junco grueso en una mano” (Sahagún, 1985: 890).

Además de proporcionar elementos distintivos de la deidad, esta descripción la liga al ámbito acuático, considerándola uno de los cuatro tloques o deidades menores del agua. El plano de acción de los denominados tloques fue el de “asistir” a la deidad principal del agua (Tlaloc) y a su consorte Chalchiuhtlicue (López Austin, 1989: 64). Habitaban cada uno de los extremos del mundo y eran las entidades productoras de los diferentes tipos de lluvias, tanto benéficas como causantes de desastres (González, 2000: 175), según el extremo de la tierra en que cada tloque se encontrara (López Austin, *op. cit.*: 64). Eran además los encargados de hacer los truenos y los rayos, fueron los causantes de una gran sequía y hambruna en Tula, por lo que a cambio de otorgar el vital líquido pidieron el corazón de la hija de un noble mexicana (González, *idem*). Por su parte, López Austin considera que una de las funciones cosmogónicas de estas deidades fue la de sostener el cielo (López Austin, 1989: 66).

Si bien la presencia de los tloques puede considerarse una constante en diferentes celebraciones y rituales a lo largo del año, es importante resaltar aquí dos de las principales festividades dedicadas a ellos. La primera se celebraba en forma genérica durante el mes de *Atlcahualo* o detención de agua (febrero-marzo), cuando se realizaban rituales de sacrificio humano y ceremonias de pedimento o suplicas para lluvias en las que estuvieron involucrados los tloques (Sahagún, *op. cit.*: 98-100). La segunda festividad asociada con los dioses de los cerros y el agua (*ibid.*: 189) distinguía la personalidad tutelar de Nappatecuhtli (fig. 9), correspondiéndole el decimotercer mes del año:

Tepeilhuitl (*ibidem*: 137-139). Esta fiesta se llevaba al cabo en dos templos que la deidad tuvo en Tenochtitlán (Clavijero, 1976: 157), uno de ellos debió localizarse en un barrio de Moyotlán, mientras el segundo y más importante correspondió, en la numeración de Sahagún, al sexagésimo tercer edificio del núcleo urbanístico religioso de Tenochtitlán (el Templo Mayor), dedicado al Nappatecuhtli iteopan (Sahagún, 1985: 163).

Esta festividad (octubre y noviembre) implicó varias actividades de tipo ritual y ceremonial relacionadas directamente con el culto al agua; sin embargo, sobresalen para los fines de este artículo las realizadas a orillas de las chinampas y/o a zonas cercanas al agua (*ibidem*: 138), en espacios específicos denominados *ayauhcalli* / *ayauhcalco* o “casa de la niebla”,⁸ consagrados a los dioses del agua y distribuidos en cada uno de los cuatro rumbos del cosmos.⁹ Sin embargo, existe la duda acerca de si estos espacios se encontraban realmente distribuidos en los límites de la ciudad o correspondían a espacios simbólicos representados en los barrios. Al respecto, Yolotl González (2000: 19) afirma que las *ayauhcalli* se encontraban a la orilla de ríos, lagos o lagunas en los se llevaban a cabo ritos relacionados con el agua, lo cual permite argumentar en torno a la idea de una geografía simbólica aplicable a los barrios de la ciudad. Ángel María Garibay, por su parte, consideró que las *ayauhcalli* eran una representación de la morada mítica que dichos dioses tenían en el Tlalocan (*ibidem*: 919).

Otra referencia que liga las *ayauhcalli* con los tloques es uno de los rezos con que se daba inicio a una serie de rituales en la festividad del sexto mes de *Etzaqualiztli* —fiesta dedicada a los dioses de los cerros y el agua—, cuando se les reconocía como el “Coatl izomocayan moyotl icaucacayan, atapalcatl inechiccanauayan, azta-

⁸ Espacios que debieron corresponder a algún tipo de adoratorio, ya sea implementado para la ceremonia o con alguna estructura arquitectónica formal.

⁹ “[...]llegados los sátrapas al agua donde se hablan de bañar, estaban cuatro casas cerca de aquella agua, a las cuales llamaban Ayauhcalli, que quiere decir casa de niebla [...] y [...] estaban ordenadas hacia las cuatro partes del mundo[...].” (*ibidem*: 115).

pilcue cuetla cayan, que quiere decir este es el lugar de culebras, lugar de mosquitos, y lugar de patos y lugar de juncias[...]" (Sahagún, 1985: 15) y que en cierto modo coincide con algunas particularidades ambientales asociadas al toponímico de Moyotlán (lugar de moscos).

Otra referencia asociada con Nappatecuhtli tiene que ver con el ámbito de los sacrificios humanos realizados durante la festividad de *Tepeihuitl*. Al respecto Sahagún comenta que era cinco los sacrificados, cuatro mujeres y un hombre, quienes después de haber sido muertos bajo ritual eran dedicados a Tláloc. Ya en los barrios, el día de *Teximilo*¹⁰ los cuerpos eran despedazados por completo para ser ingeridos por los miembros del grupo. Las cuatro mujeres sacrificadas eran representaciones de las deidades femeninas del pulque en asociación a los montes: Tepexoch (flor de cerro), Matlalcueye (la del faldellín azul oscuro) advocación tlaxcalteca de la diosa Chalchiuhtlicue, Xochitecatl (habitante de Xochitlan o Xochtlán "entre flores")¹¹ y Mayauel, diosa del pulque y esposa de Pantécatl, descubridor mítico del pulque (González Torres, 1985: 113). Por otra parte, Milnahuatl o "el cercano a la milpa" era el nombre de la víctima masculina, la cual se representaba en forma de culebras en asociación probable con el rayo y, por ende, a los tloques, señores de los rayos y truenos.

En relación con estos rituales llama la atención el hallazgo del cráneo asociado con la escultura, y que pudo haber correspondido a uno de los individuos sacrificados durante la festividad. Una primera revisión de dicho cráneo mostró que había pertenecido a un adulto joven de sexo masculino (figs. 10 b y c), con huellas de desollamiento y corte de hueso *post mortem* (Corona *et al.*, 2004), evidenciando con

ello que dicho tratamiento no forma parte del ámbito ritual de la festividad de Tepeihuitl. Sin embargo, una segunda revisión —hecha en noviembre de 2006 por el antropólogo físico Arturo Talavera, de la DAF— arrojó que el material de laboratorio no presentaba ninguna de las características mencionadas, además de corresponder a un adulto del sexo femenino.

Su presencia en el contexto excavado sugiere que formó parte de los rituales realizados en las *ayauhcalli*, fundamentalmente como parte del acto que daba fin a dicha festividad. Aseveración que se confirma con la presencia de los restos de un estacado de madera hincado en el fondo lacustre, asociado fundamentalmente al cráneo y de manera secundaria a la escultura que también se menciona en Sahagún¹² (fig. 10), contribuyendo así a la definición del contexto en relación con la hipótesis planteada en la discusión inicial.

Por otro lado, Nappatecuhtli tuvo presencia en planos de acción más prácticos, Sahagún, Torquemada y Clavijero mencionan a la deidad en su plano socio-económico, donde se le asocia a un grupo de artesanos en particular como los fabricantes y comerciantes de petates y estereras (Clavijero, 1976: 157), hechos con mimbres y juncos que crecían a las orillas del lago y canales de la ciudad:

[...] Este dios Nappatecuhtli era el dios de los que hacen estereras de juncias, y es uno de los que llaman tloques; dicen que éste es el que inventó el arte de hacer estereras y por eso lo tienen por dios los de este oficio, que hacen estereras que llaman petates, y hacen sentaderos que llaman icpales, y hacen cañizos de juncias que llaman tolcuextli; decían que por la virtud de este dios nacían y se criaban las juncias y juncos, y cañas con que ellos hacen su oficio; y porque tenían que este dios producía también las lluvias hacíanle fiesta donde le reverenciaban y adoraban y le demandaban que diese las cosas que suele dar, que es agua, juncias, etc. (Sahagún, 1985: 48).

Ya se mencionó la organización social de los mexicas basada en el sistema de *calpullis* y *tla-*

¹⁰ Se refiere a la forma verbal "es repartida la gente", ceremonia de distribuir las víctimas del sacrificio entre los miembros del barrio (Sahagún, 1985: 139).

¹¹ Mencionada por Sahagún como una de las provincias conquistadas por Ahuítzotl (*ibidem*: 449). Peter Gerhard (1986) menciona dos comunidades indígenas con el mismo nombre, una es San Bartolomé de Xochitlán, perteneciente a la diócesis de Tlaxcala (p. 237); la segunda se refiere a Santa María Asunción Suchitlán, una comunidad de otomíes al Norte de Tula (pp. 341 y 343).

¹² "[...] en el agua donde estos se bañaban estaban unos varales hincados[...]" (Sahagún, 1985: 115).



● Fig. 10 Tres vistas del cráneo localizado en excavación. Foto *a*, *in situ*; *b* y *c*, frente y transversal.

xillacallis, y que cada uno de estos tuvo un dios propio llamado calpulteona (Katz, 1966: 199), calpultéotl o dios del barrio; el cual tenía un lugar específico de culto cercano al *Calpulco* (Monzón, 1949; Katz, 1966; Valero, 1991) y también contaba con un grupo de sacerdotes dedicados a organizar el ritual. Tanto Sahagún como Clavijero resaltan la cualidad de Nappatecutli como deidad tutelar, asociándola con el citado grupo de artesanos, también mencionados en la obra de Durán (1867: 347) y Mendieta (1870: 56).

El papel de la deidad tutelar fue fundamental entre los mexicas, y de identidad prístina y étnica a nivel local, pues alrededor de ella giraban tanto el sistema de culto como el económico. El fuerte arraigo de la idea del dios patrón en el plano ideológico, por ejemplo, llamó

la atención de los cronistas e historiadores como Clavijero, quien comentó al respecto:

[...]finalmente los mexicanos, que en todo fueron supersticiosos, se excedieron en los funerales [...] después lo amortajaban según su condición y recursos, y según las circunstancias de su muerte [...] al estero [lo vestían] con el [traje] de Napatecutli... y a cada uno finalmente con el vestido del dios protector del arte o profesión que había ejercitado[...] (Clavijero, 1976: 197).

Por otro lado, los *petlachiuhqui* o petateros pagaban tributo en los mercados de Coyoacán y Tlatelolco y sus productos figuraban en varias listas de objetos para el mercado: *petlatl*, *tolcuxetli*, esteras, todos de uso común en las casas (Rojas, 1986: 148-149). Sahagún menciona di-

chos artesanos describiendo cierto nivel de especialización, manifiesto en la selección de materiales en cuanto a calidad, forma y función (Sahagún, 1985: 572-573). También queda claro en dicho cronista que la actividad implicó una división por sexo y edad, pues era desempeñada por hombres en los solares que componían la unidad doméstica (*idem*). La producción artesanal consideró por lo menos tres etapas de trabajo: recolección del tule o enea, limpieza y preparación de la materia prima y elaboración de los objetos.

La recolección era sistemática y selectiva a lo largo y ancho del lago, un proceso que se encuentra someramente representado en el *Códice Mendocino*, donde un par de jóvenes recolectan el material transportándolo por tierra y balsa, al tiempo de ser supervisados por un adulto (Echegaray, 1979: lam. LX, f. 60). Sahagún menciona lugares relacionados con la recolección de este material, como Citlaltepec (Sahagún, 1985: 112) y Tepexic, sitios cercanos a Zumpango (*ibidem*: 922) situados al norte de la Cuenca México, donde se recolectaba *aztapapilli* o brote blanco (*Cirpus esp.*) y *tolmimilli*, juncia rolliza o rueda de juncia (*Cyperus sp.*) (*ibidem*: 112), especies muy funcionales para la elaboración de petates y asientos o *icpales*. Otras especies utilizadas eran *petlatollin* o juncia de estera (*Cyperus var. sp.*), *nacacetotli* o juncia orejuda (*Cyrpus sp.*), *tolliama* (*Cyperus sp.*) y *tolnacochtli* u orejera de juncia (*idem*); sin embargo, dichas especies seguramente fueron recolectadas de lugares mucho más cercanos a Tenochtitlán.

Por otro lado, aun cuando el proceso de elaboración está someramente descrito en las fuentes, sobresale la utilización de *aztapapilli* y *tolmimilli* para la elaboración de petates y espaldares, que además de estar cosidos con hilo de raíz de maguey (*agave sp.*) tuvieron como principal característica una tonalidad verde-blancuzca¹³ típica de dichas especies, y que las hacía muy cotizadas para las actividades rituales de los templos y el *Calmeccac* (*idem*).

De regreso a los materiales arqueológicos

Como ya se dijo, la escultura y el cráneo fueron localizados en la zona lacustre adyacente a un sistema chinampero. Las fuentes sugieren su asociación a las *ayauhcalli* o *ayauhcalco* (casas de niebla o en la casa de la niebla), lo que a nuestro parecer explicaría la disposición radial o concéntrica de los materiales observado en la excavación. Sin embargo, es necesario discernir sobre el resto de los materiales arqueológicos asociados a éstas para definir hasta qué punto se pueden confirmar nuestras aseveraciones.

Las muestras orgánicas recuperadas de la zona, fundamentalmente de las calas A-8 y 9, ofrecen una serie de materiales relacionados con las actividades ya mencionadas, como fibras de maguey (*agave sp.*) trabajadas y sin trabajar, fragmentos de petates y cestas elaborados con fibras de tallos, un cordel hecho con fibra de agave, fragmentos de guajes *Lagenaria* decorados con pigmentos rojos y azules, restos de *Zea mays* maceradas y tratadas para formar alguna figura y objetos esféricos (Corona, *et al.*, 2004: 272-275). En cuanto a material malacológico, la muestra fue escasa, y en asociación al material en cuestión sobresale un brazalete en concha de caracol del Pacífico *Ancistrum mexicanus* (cala A-8). El análisis al microscopio mostró señas de trabajo con algún instrumento no metálico, sugiriendo que fue realizado con técnica prehispánica, al igual que una muestra de almeja marina, o *Anadara chemmitzi*, localizada en la cala A-9, y cuatro muestras de *Pinctada mazatlanica* encontradas en la cala A-8 (*ibidem*: 276-278).

En cuanto a especies animales, de la muestra general obtenida de las excavaciones sólo se destaca un pato *Anas acuta* recuperado en la cala A-8 (*ibidem*: 286), ubicado en contexto lacustre y asociado tanto a la escultura como al cráneo. Presentaba en contexto la posición anatómica correspondiente, aunque faltaban el cráneo y las patas. En las fuentes históricas no se encontró referencia a esta especie, a pesar de que otras son mencionadas por Clavijero y Sahagún. No obstante ello, existe una asociación genérica del pato a los rituales dedicados al agua, como

¹³ “[...]son muy largas y todo lo que está dentro del agua es muy blanca[...].” (*ibidem*).

expresa el rezo citado en relación con las *ayauhcalli*, y la relación contextual de la muestra en asociación con el resto de materiales arqueológicos, aunado a los resultados que brinde el análisis de laboratorio de dicha muestra en un futuro próximo.

En cuanto a la presencia de materiales líticos asociados, la muestra de lítica tallada estuvo constituida en 98 por ciento por navajillas prismáticas de obsidiana en color verde, todas con algún tipo de fractura en charnela en las partes proximal, medial y distal de las piezas. Todas presentaron retoque bimarginal, algunas tuvieron otra singularidad y todas mostraban evidencias de uso. Esta tendencia uniforme sugiere, entre otras cosas, que formaron parte de los actos ofrendatorios de la escultura y el cráneo, pues la mayoría de piezas estaban relacionadas en cuadro y profundidad con dichos elementos; no obstante ello, las huellas de uso indican que no fueron realizadas *ex profeso* para la ofrenda, sino como objetos de reuso.

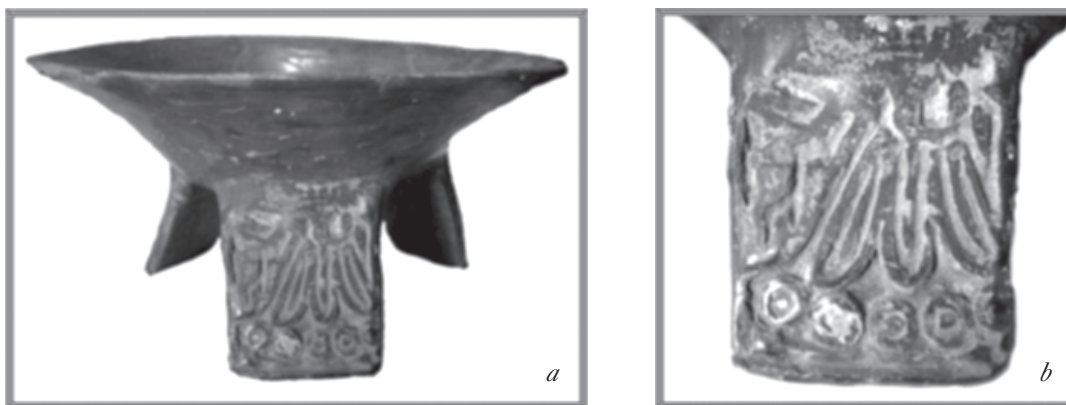
Por otro lado, las formas, huellas de uso, tendencia en las fracturas y tipo de material uniforme sugiere que estos elementos se utilizaron para desfibrar elementos animales y/o vegetales. En un futuro próximo sería conveniente realizar estudios adicionales de laboratorio, como el análisis de muestras con lupa estereoscópica, lo que contribuiría a confirmar la hipótesis mediante la cual buscamos asociar estos materiales con la ofrenda mencionada, y en específico el que dichas piezas hubiesen sido empleadas en el proceso de producción de los pe-

tates y esteras señalados en las fuentes. En cuanto a lítica pulida, la muestra fue poca y únicamente sobresale un desfibrador de maguey hecho en riolita, el cual fue recuperado fuera de contexto.

La relación de desfibrador con el proceso de producción de petates, esteras e *icpales* es profunda, pues la fibra de maguey en forma de hilo fue de uso constante en dicho proceso, y a nivel de muestras orgánicas se recuperaron varias muestras de hilo y de fibra. De igual manera, la presencia del desfibrador sugiere que las pencas de maguey eran traídas de zonas cercanas a la ciudad y adquiridas en los mercados, y luego desfibradas en las unidades residenciales locales.

Por su parte, la cerámica asociada a la ofrenda mostró las formas y tipos propios de la zona, tanto cultural como temporalmente (tradiciones Azteca III y IV en diferentes formas), como los materiales de contacto español que sitúan cronológicamente los contextos y concentraciones de materiales. No obstante ello, de la muestra obtenida sobresale un cajete trípode del tipo Rojo Texcoco —encontrado en la cala A-8, cuadro 2 a una profundidad de 2.81 a 2.94 m— (fig. 11), el cual presentó en los soportes, impreso en bajo relieve, el signo calendárico 5 hierba o *macuil Malinalli* (fig. 12), aspecto fundamental para la hipótesis aquí sostenida, ya que también se encontró asociado a la escultura y los restos de cráneo.

Autores como López Austin (1989: 70) afirman que los dioses tenían una asociación con



● Fig. 11 Foto a, cajete trípode. Foto b, detalle de uno de los soportes.



● Fig. 12 Detalle en dibujo del glifo 5-hierba.

los nombres de los signos calendáricos que establecían su oportunidad de acción sobre la tierra y los hombres, por lo que resulta probable asociar la fecha calendárica plasmada en el cajete con una o varias deidades específicas. A su vez, Sahagún (1985: 89) y Clavijero (1976: 281), siguiendo éste al franciscano, asocian el signo a las celebraciones ubicadas en el mes de *Tepeihuitl*. También López Austin asigna al signo *malinalli* el rumbo del Oeste (López Austin, *ibidem*: 73), donde se encuentra el barrio de Moyotlán, mientras Yolotl González asocia el numeral cinco a los cuatro puntos cardinales y el centro (González Torres, 1985: 27 y 81) a la diosa Chalchiuhtlicue, hermana de los tlaloques (*ibidem*: 81).

Por ello la relación entre la escultura, el cráneo y el resto de materiales es aquí mucho más clara. El cajete mostró, además del glifo 5 hierba, una serie de diseños fitomorfos (¿juncias?) al interior, igualmente relacionados con la festividad de *Tepeihuitl* y *Nappatecutli*.

Dos elementos cerámicos más sugieren el culto a *Nappatecutli* en la zona: un fragmento de figurilla antropomorfa modelada en barro, hueca, de color anaranjado (posición sedente, brazos cruzados y *maxtlatl*), localizada en el predio correspondiente al ex templo de Corpus Christi, también intervenido arqueológicamente por la DSA (fig. 13); y los restos de una figu-

rilla antropomorfa realizada en arcilla con los rasgos específicos de la deidad en cuestión (fig. 14), localizada en 2005 durante los trabajos de rescate del Estacionamiento del Tribunal Superior de Justicia del Gobierno del Distrito Federal, predio adjunto al de la SRE en dirección Este. La figurilla sólo tenía la parte correspondiente a la cabeza y formó parte de los hallazgos de la unidad de excavación 4, donde se localizaron, entre otras cosas, los restos de una unidad residencial que incluyó un entierro infantil secundario, así como parte del apisonado interior de la misma (Corona, Guerrero, Pérez: 2006).



● Fig. 13 Fragmento de figurilla de barro proveniente del ex templo de Corpus Christi, localizada a una profundidad de 2.77 a 3.4 m (Corona Paredes *et al.*, 2004, 2006).

Los rasgos de la figurilla coinciden con los datos del tocado de papel mencionado por Heyden, en alusión a la descripción hecha por Caso en 1936 para este tipo de deidades,¹⁴ que está presente tanto en la muestra de 1970 como

¹⁴ “[...]el abanico de papel plegado, puesto detrás de la nuca, es característico de las deidades del agua, de los montes y de la vegetación[...].” (Heyden, 1970: 36).



● Fig. 14 Figurilla en arcilla localizada en las excavaciones del estacionamiento del Tribunal Superior de Justicia del Gobierno del Distrito Federal (2005).

en la recuperada en el predio de la SRE, aunado al rasgo de la nariz prominente que coincide en las tres muestras (figs. 8, 9 y 14).

Por otro lado, si Nappatecuhtli tuvo un ámbito cosmogónico bien definido, al igual que una geografía socio-económica amplia e identificable históricamente, ¿es posible hablar de la geografía urbana del dios? Es decir, ¿es posible saber en qué lugar, toponímicamente hablando, se encontró la ofrenda?

Como ya se dijo, Antonio Alzate y Alfonso Caso realizaron el ejercicio de ubicar los barrios prehispánicos a partir de la consulta de varias fuentes. Sin embargo, no contaron con hallazgos semejantes al ubicado en el predio de Relaciones Exteriores, por lo que no tuvieron la oportunidad de generar hipótesis alternativas ni manera alguna de contrastar las fuentes consultadas.

Sin embargo, la identificación del contexto permite generar otras vías para identificar los barrios. Así, sabemos que el principal barrio de culto a Nappatecuhtli correspondió a Tzapotlán, lugar de zapotes, lugar de Toci o Tzapotlatenan (Sahagún, 1985: 705), ubicado al suroeste de la calzada de Tlacopan y al Este del barrio de Chichimecapan, sobre el cual se asentó el convento de San Diego. Por ello es probable que

las observaciones y ajustes hechos por Alzate y Caso no correspondan necesariamente a las zonas descritas por ellos; no obstante, es posible que los barrios citados se encuentren más cercanos a la traza original de la ciudad, es decir que el barrio de Tzapotlán fuese un barrio mayor que comprendiera los considerados por Alzate y Caso.

¿Y por qué Tzapotlán? La asignación se deriva exclusivamente de las fuentes del siglo XVI; por ejemplo, Ana Rita Valero, basada en Arturo Monzón, incluyó una tabla de correlación de barrios, templos, deidades y ocupaciones (Valero, 1991: 51) y sitúa a Nappatecuhtli en dicho barrio, en el que

hubo también vendedores de *uxitl* (resina de pino) y lapidarios, teniendo cada cual su respectivo dios patrón. Sin embargo, la validez de este cuadro se fundamenta en el análisis de Monzón a los estudios de Torquemada y Sahagún.

Del barrio de Tzapotlán se sabe que el culto principal se ubicó bajo el primigenio templo católico de Santa Ana (Sahagún, 1985: 705), sincretismo que debió adoptar la deidad indígena a principios del virreinato y templo que a la postre se convirtió en el convento de San Francisco de Asís, localizado en la calle de Francisco I. Madero del centro de la ciudad de México, cercano al sitio de Relaciones Exteriores.

Del culto a Tzapotlatena llama la atención el que gente de lugares lejanos fuese en peregrinación a rendirle culto, en particular de la sierra de Tlaxcala (*ibidem*: 99), lugar donde el pulque tuvo su origen mítico y guardaba profunda relación con Nappatecuhtli y las diosas representadas por mujeres durante el *Tepeihuitl*: Tepexoch, Matlalcueye (advocación tlaxcalteca de la diosa Chalchiuhtlicue), Xochitecatl y Mayauel (esposa de Pantécatl), descubridor del pulque (González, Torres, 2000: 113). También debe recordarse que a lo largo de los rituales dedicados a los tlaloques se mencionan varios montes ubicados en la región: Poyoauhtlan o

Pico de Orizaba (Sahagún: 99, 149 y 942) y Tepetzinco (*ibidem*: 99), lo cual sugiere una probable liga étnica con poblaciones de la frontera entre Tlaxcala y Veracruz.

Otro aspecto interesante ligado a la toponimia de Tzapotlán fue haber recuperado en varios contextos de excavación, no sólo en las calas en cuestión, un importante número de especies de zapote como *Casimiroa edulis*, *Manilkara sapota* y *Puoteria sapota*, esta última con mayor frecuencia. Cabe mencionar que la totalidad de las muestras se encontraron en áreas correspondientes al reservorio acuático y/o canales. Las fuentes históricas mencionan varias especies de zapote, mas no así su cultivo e importación de zonas de Tierra Caliente. Sobre el zapote, Sahagún afirma: "...usaban también los señores comer muchas maneras de frutas; una de ellas se llama Tzapotl, colorados de dentro y por de fuera pardillos y ásperos..." (Sahagún, 1985: 464), lo cual asocia el consumo de dicha fruta a las elites gobernantes. En cuanto a las especie, dice: "[...]usan también comer muchas maneras de tzapotes, unos que son cenicientos por de fuera, o anonas, y tienen por de dentro unas pepitas como de frijoles. Y lo demás es como manjar blanco, y es muy sabrosa; otra manera de tzapotes pequeños, o peruétanos; otros zapotes hay amarillos por de fuera y por de dentro son como yemas de huevos cocidos[...]" (*ibidem*: 454).

Conclusiones

Con base en nuestras observaciones es posible afirmar que los hallazgos están ligados a varias actividades de tipo ritual asociadas a una deidad tutelar, en particular a Nappatecuhtli, señor de los fabricantes de petates y esteras y señor de los cuatro rumbos; entidades protectoras de las aguas subterráneas, los lagos y ríos, los truenos y los rayos, y advocaciones de Tlaloc, una de las deidades principales del panteón cosmogónico mexicana. Con ello se han establecido los principios que permiten reconocer los barrios mencionados en distintas fuentes, en particular el de Tzapotlán, donde habitaban el

dios Nappatecuhtli y sus protegidos, los fabricantes de esteras y petates.

Aunado a ello es posible plantear que la ciudad, entendida como totalidad, presenta una interpretación de carácter simbólico en diferentes escalas que parten de la división cuatripartita y se proyecta hacia el interior a través de las expresiones religiosas y rituales practicadas en los barrios.

Por otro lado, más allá de la identificación del barrio, el hallazgo permite generar nuevas preguntas acerca de lo que podemos o deberíamos encontrar en contextos cercanos, así como vislumbrar algunos cabos sueltos relacionados con la etnicidad de quienes poblaron los barrios de la ciudad de Tenochtitlán. Sin embargo, para definir esto es necesario realizar más excavaciones sistemáticas en zonas contiguas a la excavación de 2004, mismas que no fueron intervenidas y están en riesgo de desaparecer en forma definitiva sin que se haya registrado su historia.

Bibliografía

- Caso, Alfonso
1956. *Los barrios antiguos de Tenochtitlán y Tlatelolco*, México, Memorias de la Academia Mexicana de la Historia.
- 1983. El pueblo del sol, México, FCE/SEP (Lecturas Mexicanas, 10).
- Calnek, Edward
1974. "Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlán", en *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, México, SEP-Setentas.
- 1992. "Patrón de asentamiento y agricultura de chinampas en Tenochtitlán", en Carlos Javier González (comp.), *Chinampas prehispánicas*, México, INAH (Serie Arqueología).
- Cervantes de Salazar, Francisco
1971. *Crónica de la Nueva España*, Madrid, Atlas.
- Corona Paredes, Octavio
2004. "Informe final de excavación Proyecto Plaza

Juárez, Sitio de Extemplo de Corpus Christi”, México, DSA-INAH, mecanuscrito.

• Corona Paredes, Octavio; María Pérez Santillán y Fernando Guerrero Villagómez

2004. “Informe final de excavación Proyecto de Plaza Juárez, Sitio Secretaría de Relaciones Exteriores”, México, DSA-INAH, mecanuscrito.

2006. “Informe final de excavación Proyecto Plaza Juárez”, Sitio Estacionamiento del Tribunal Superior de Justicia del Gobierno del Distrito Federal, México, DSA-INAH, mecanuscrito.

• Clavijero, Francisco Javier
1976. *Historia antigua de México*, México, Porrúa.

• De Echegaray, Ignacio (ed.)
1979. *Códice Mendocino*, México, San Ángel Ediciones.

• Durán, fray Diego
1867. *Historia de las Indias de Nueva España e Islas y Tierra Firme*, México, Imprenta de Andrade y Escalante.

• Fernández, Adela
1996. *Dioses prehispánicos de México*, México, Sedena (Biblioteca del Oficial Mexicano).

• García Cook, Ángel
1982. *Análisis tipológico de artefactos*, México, INAH (Científica, 116).

• Gerhard, Peter
1986. *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Geografía-UNAM.

• González Aragón, Jorge
1993. *La organización de la ciudad de México. El caso del plano de mage*, México, UAM.

• González Torres, Yolotl
1985. *El sacrificio humano entre los mexicas*, México, FCE.

2000. *Diccionario de mitología y religión de Mesoamérica*, México, Larousse.

• Gussinyer, Jordi
1970. “Deidad descubierta en el Metro”, en *Boletín del INAH*, núm. 40, México, INAH, p. 41.

• Heyden, Doris
1970. “Deidad del agua encontrada en el Metro”, en *Boletín del INAH*, núm. 40, México, INAH, pp. 35-40.

• Katz, Friederich
1966. *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*, México, IEE-UNAM.

• Lira, Andrés
1995. *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México: Tenochtitlán y Tlatelolco*, México, Centro de Estudios Históricos-El Colegio de México.

• López Austin, Alfredo
1973. *Hombre-dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, México, IHH-UNAM.

1989. *Cuerpo humano e ideología*, México, IIA-UNAM (Serie Antropológica, 39).

1994. *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE.

• Manzanilla, Linda (coord.)
1995. *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Ozttoyahualco*, vol. 1, México, IIA-UNAM.

• Matos Moctezuma, Eduardo (coord.)
1990. *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México*, México, INAH (Antologías, Serie Arqueología).

• Mendieta, fray Gerónimo de
1870. *Historia eclesiástica indiana*, editada por Joaquín García Icazbalceta, México, Antigua Galería de Andrade.

• Monzón, Arturo
1949. *El calpulli en la organización social de los tenochca*, México, Instituto de Historia-UNAM.

• Noguera, Eduardo
1975. *La cerámica arqueológica de Mesoamérica*, México, IIA-UNAM.

• Orozco y Berra, Manuel (ed.)
1944. *Códice Ramírez (Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias)*, México, Leyenda.

• Pastrana, Alejandro
1998. *La explotación azteca de la obsidiana en la Sierra de las Navajas*, México, INAH (Científica, 383).

- Rojas de, José Luis
1986. *México Tenochtitlán: economía y sociedad*, México, FCE/El Colegio de Michoacán.

- Sahagún, fray Bernardino de
1985. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa.

- Seemann Contazzi, Emilia
1990. *Usos del papel en el calendario ritual mexicana*, México, INAH (Científica, 207).

- Torquemada, fray Juan de
1996. *Monarquía indiana*, México, Coordinación de Humanidades-UNAM.

- Toussaint, Manuel; Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández
1990. *Planos de la ciudad de México: siglos XVI y XVII*, México, Instituto de Investigaciones Estadísticas/UNAM/DDF.

- Valero de García Lascuráin, Ana Rita
1991. *Solares y conquistadores*, México, INAH.

- Westheim, Paul
1977. *Arte antiguo de México*, México, Era.

1980. *Escultura y cerámica del México antiguo*, México, Era.

